



IZTAPALAPA
Agua sobre lajas

.....

IRENE FONTE, *LA NACIÓN CUBANA Y ESTADOS UNIDOS. UN ESTUDIO DEL DISCURSO PERIODÍSTICO (1906-1921)*, El Colegio de México / Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2002, 276 pp. + CD, ISBN 968-12-1059-X.

.....

POR FRANCISCO PINÓN GAYTÁN
Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa

En su Introducción a *La nación cubana y Estados Unidos*, Irene Fonte nos dice que el presente libro es “una exploración en la representación ideológica de la identidad nacional cubana” durante un periodo histórico determinado. Habla de conceptos como Revolución, intervención político-militar, carácter problemático y contradictorio del surgimiento de una República, representación discursiva e ideológica, de una nación, etcétera. Estos solos conceptos, que enuncian, *in nuce*, el contenido del libro de Fonte, me dan motivo para presentar, también, una *exploración* de un lenguaje que, por ser histórico, encierra una carga inmensa de la única finitud de lenguaje que conozco y que se puede racionalmente verificar: el lenguaje humano en todas sus formas expresables, aquel que tiene enfrente un *tú* y un *nosotros*, aquel que no sólo es expresable en *flatus vocis* como dijeron los nominalistas medievales del siglo XII, ni que es únicamente una mera *fisicalidad* de transmisión casi mecánica, como lo auspiciaba en el siglo XVII Thomas Hobbes, sino que es, al mismo tiempo que *sonido (flatus vocis) musicalidad*, comunicabilidad en tensión, única posibilidad real y fáctica de que el *concepto* humano sea, como su etimología, un *concupere*, i.e., un “nacimiento”. Y un *nacimiento* siempre es, por lo menos, un intento de *salir fuera*, de *empezar algo*, de *vital experiencia de comunicación*. Todo eso contiene, expresa, el libro de Irene Fonte. La finitud humana del lenguaje siempre, históricamente, se reviste de *ídolos* (y no sólo los de Bacon), de *demonios* (y no sólo los platónicos), sino también de *tensiones* (como los antiguos acentos del *arco* y *la lira*). Y a través de ellos toda la variada y disímbola fenomenología de la *condición humana*. El lenguaje, sin más, es el hombre.

Tiene razón Irene Fonte en afirmar que todo *discurso* es simultáneamente “verbal y social”; si se habla de separación de esos dos conceptos es “solamente una abstracción metodológica y analítica” (p. 20). Cierto. En la historia no sólo hay bloques históricos culturales, el mismo expresable *decir algo a otro* supone una práctica del conocimiento

que no es una desnuda mecanicidad sino, como decía Heidegger y antes que él Platón, una real *lucha de gigantes* (una *gigantomajía peri tes usias*) es decir, la captación y expresión de una fáctica, compleja, supuesta realidad, captada como tal por medio de una ineludible "subjetividad" que, siéndolo, tiene diferentes y encontradas expresiones. La figura de *Prometeo*, en la fascinante narración cosmogónica del *Protágoras* de Platón, nos indica el valor y las luchas del lenguaje en sus diferentes interpretaciones. Y no eran, tan sólo, un combate contra la naturaleza. Señal de que el "humanismo" empezaba, también, como lucha del hombre contra el hombre: el *homo homini lupus* de la poesía arcaica de Teognis o del moderno Ovidio. Hobbes, el que diría que el lenguaje es el hombre, saldría de ese horizonte cultural. De ahí el concepto y el sentido de lucha y, por lo tanto, de conflicto humano, de encuentros y desencuentros, de lenguajes paralelos o aquellos que propician una "vida buena", una región maldita, una "identidad cubana" una intervención norteamericana, un determinado "discurso periodístico". Todo lo anterior, a mi entender, hace posible husserlianamente hablando, por no decir aristotélicamente hablando, una "teoría de los actos de habla" un "complejo ideológico", para hablar de Austin o Hodge y Kress. O antes Gramsci o Marx, o el antiquísimo "no saben lo que hacen" de Jesucristo en la cruz. A mi entender, pareciera que la "ideología" es parte esencial del discurso de la condición humana. Y no sólo el supuesto "discurso político". Y esto, por supuesto, no solamente en el horizonte del materialismo histórico que, al formularlo como concepto, será ciertamente "histórico", pero no, tal vez, "materialismo".

Irene Fonte lo sabe y lo escribe: el lenguaje, en su materialidad histórica (o sea, el discurso), "puede abundar en el conocimiento de los procesos histórico-sociales de lo que es constitutivo" (p. 16). Esto lo enuncia al principio. Pero lo confirma en las Conclusiones del estudio: los dos aspectos del enfoque metodológico usado en el análisis del discurso, "la dimensión histórica longitudinal" (que no lineal) y "la complejidad enunciativa del discurso periodístico" confluyen en mostrar "el trazo de un movimiento de poder" (p. 243). Acaso serán los viejos mitos del poder que, ya desde la racionalidad griega, combaten entre sí entre la *hibris* (la fuerza) y la *recta ratio* de la moralidad, entre el *homo homini lupus* hobsiano (de antiquísima fecha constatable como decíamos, i.e., la poesía griega arcaica) y la *fraternidad* y *universalidad* del *logos* estoico con el *logos* de la *communitas cristiana*. Por eso, con mayor razón, el *discurso político* expresa y esconde o disimula, por medio del lenguaje, relaciones de poder. Mucho antes que Verón, que Wilson, que Chilton, que Schäffner, otros estudiando el específico lenguaje político. Véase, por ejemplo la aguda mirada de Maquiavelo cuando estudiaba el fogoso lenguaje del predicador dominico de Florencia: el monje Savonarola. Se anunciaba, apenas, la modernidad y ya los lenguajes de los humanistas italianos y españoles chocaban entre sí. Se ve que *arma et litterae*, en uno de sus famosos emblemas, no andaban disociados. Por algo el estudio sobre la naturaleza del poder no va separado del estudio sobre el uso del lenguaje, el lenguaje como imagen y la imagen como "monopolio" del uso legítimo del poder como lo han tratado C. J. Friederich o Inis L. Claude, o como teoría de la influencia como R. A.

Dahl, J. D. Singer o un E. C. Baufield. El lenguaje del poder no sólo expresa aquella *tiranía de la opinión pública* de la que hablaba J. Stuart Mill o *de la mayoría* que estudiaba Alexis de Tocqueville, sino también ese lenguaje de los medios de comunicación de que nos habla Irene Fonte y que son, recordando a Verón "máquinas de producción de realidad social". O sea, como afirma Irene Fonte: "una ilusión procedente de los mismos medios de comunicación" (p. 24). Nunca como ahora es cierto que la prensa es poder. Y el poder es lenguaje. No mecánica, ni reproductora pasiva de grupos de poder, como acierta la autora.

Pero, ¿qué podemos decir de Cuba, de su formación como República, de sus guerras de Independencia? La autora nos ofrece un contexto histórico que, al describirlo (la narración de hechos en la guerra de España y Estados Unidos; en 1898, firma del tratado de París, y 1901, en carta de Leonard Wood a Roosevelt) retrata de cuerpo entero una maquinaria de poder y no sólo ideológica. Como hoy el petróleo, antes el azúcar, era para Estados Unidos un buen motivo de anexión (p. 44). Y como hoy, también ayer, los *eternos conflictos de intereses*, la *compleja madeja ideológica* que no está en blanco y negro y, en donde, el único culpable no fue el coloso Nabucodonosor. También, los "leones de castilla", los criollos y los europeos, no supieron contrarrestar los *destinos manifiestos*. Se ve que los *Cantos de vida y esperanzas* de nuestro poeta Rubén Darío no pudieron al fin de cuentas vivificar nuestra América, como hubiera querido el poeta. La América, la que tiene sangre indígena, la hispano-africano-portuguesa, no tuvo las armas que sí usó el *Leviathán* del Norte. Sabemos que los deseos imperiales de los Estados Unidos de Norteamérica ya se habían manifestado desde 1812. *Imperium y dominium* que inaugurara John Quincy Adams con la Doctrina Monroe. Esta fenomenología de poder e intromisión es la radiografía que Irene Fonte nos pinta en su libro y con el único lenguaje para describir la esencia del poder: desnudos sus tentáculos, tal y como la prensa de la época ofrecía sus materiales. Hechos reportados y su evaluación, independientemente de su definición en expresión lingüística, nos mostraban una "objetividad": "palo dado ni Dios lo quita". Fueron "*las voces del poder máximo: el gobierno de Estados Unidos*", como Fonte intitula el capítulo III. Fue la política en ese tiempo, como escribe la autora, refiriéndose a Roosevelt, de "hablar suavemente y llevar un buen garrote" (p. 74).

Pareciera que hoy, lo primero (el hablar suave) ha desaparecido. Pero tiene razón Fonte: "los procedimientos retóricos apenas logran ocultar el ejercicio del poder" (p. 82). Ésta es la esencia del discurso ideológico: matizar, camuflar, mediatizar, los reales y oscuros intereses que se pueden encontrar en muchos "discursos". Ya, desde Carneader, del siglo II a.C., se escribía al respecto, y precisamente al hablarse del concepto de *universalismo* en las relaciones entre pueblos. El *discurso diplomático* de Estados Unidos, analizado en el libro no podría escapar a esa ideologización. La esencia de la ideología consiste en esconder, con todas las diferencias léxicas y sintácticas, el factor pragmático por excelencia: aquel deseo de *dominio* que Hobbes ponía en la naturaleza humana y que sólo la muerte podría eliminar. Y a propósito de diferencias en las traducciones, la "traducción", en sí, ya se presta al acomodamiento del pragmatismo político de la prensa analizada en

el libro que comentamos. Es la prosa, desnuda y descarnada, aun en su tono suave y diplomático, la que expresa esa forma del poder a partir del Renacimiento.

Será la prosa de Maquiavelo —y no la poesía— la que encerrará el fenómeno del poder casi en todo discurso diplomático. Fonte disecciona el lenguaje político-diplomático, igualmente que el florentino Maquiavelo analizaba la fraseología, rica y florida, del famoso predicador de la Florencia del siglo XVI: Gerónimo Savonarola. Y encontraba el autor del *Príncipe*, como encuentra Irene Fonte: el fenómeno del poder. Discursos que, en Cuba, esconden *dominación e injerencia*, *intervención y, al fin de cuentas, control político*. De nuevo el *Leviathán* hegemónico que inclusive en nombre de supuestos “consensos” y formales repúblicas, no puede dejar de perseguir el objetivo de su supuesto *destino manifiesto*: el que las colonias que pertenecían a España fueran anexadas al imperio “pedazo a pedazo”, tal y como lo manifestara la política de Jefferson en su pensamiento expansionista ya desde 1786. Y antes Samuel Adams en 1778 al avizorar la posesión de Canadá, la Nueva Escocia y Las Floridas. Con tal historia, no hay sintaxis y análisis de lenguaje que pueda esconder al *Nabucodonosor* del Norte, del que hablaba Rubén Darío. El *poder subordinado*, del que habla Irene Fonte en el capítulo IV, no deja dudas: el “discurso” político intentaba mascarar la realidad: el poderío de Estados Unidos, como poder detrás del trono.

Ahora bien, ¿qué podemos opinar de los que están o se colocan “fuera del poder”, en la oposición en contra de los poderes fácticos? (capítulo V). No hablamos, evidentemente, de la prensa afín al gobierno. En general, sabemos que ésta, como el poder, “no los ve ni los oye”, o si los ve y los oye, no consigna sus crónicas, ni sus análisis. Sabemos, por lo demás, que esa clase de prensa dirigida y domesticada no retrata la realidad. Por eso los análisis de toda prensa, sobre todo la oficial, deben ser completados con otros marcos. De lo contrario, se estará viendo el propio rostro en el espejo. Después de todo, Irene Fonte lo sabe, por eso habla de esa prensa de oposición, variada y disímbola, que no representa la visión oficial. Son las voces, aisladas si se quiere, de una expresión de latinidad. Por lo menos. O las voces de mezclados intereses. Y, como siempre, el *gran elector* o *inquisidor* (y no el de Dostoievski). Se ve en toda la prensa de oposición que, al fin de cuentas, el solo “discurso” cede ante la crítica de las armas y que la razón de Estado puede ser analizada lingüísticamente, pero eso no evita que la razón de Estado se convierta muchas veces en un *Instrumentum Mortis*.

El análisis lingüístico de Irene Fonte no se queda, afortunadamente, en la pura técnica formalista del lenguaje. Sabe perfectamente que su análisis conlleva muchos acentos de eticidad. Su metodología no es tan sólo una técnica, puras formas gramaticales o únicamente racionalidad cartesiana de *figuras, números y movimientos* aplicados al lenguaje. Toda su estructura metodológica conlleva una lógica crítica de tiempos históricos y políticos en donde las subjetividades e instancias morales no se pierden en las puras conceptualizaciones.

Bienvenido el libro de Irene Fonte. Analiza y bisecciona el lenguaje político-diplomático. Pero, al hacerlo, nos queda la prosa desnuda en medio de todas las formas lingüísticas, como la que detectara Maquiavelo al analizar los discursos políticos: el fenómeno del poder.